

Entrevista inédita a José Iturriaga: Sobreviviente de los tiempos

Guadalupe Alonso

En días recientes falleció el maestro universitario, historiador, escritor y diplomático mexicano José Ezequiel Iturriaga, quien contribuyó a la mejor comprensión de la historia de nuestro país. A manera de homenaje, reproducimos la entrevista que le realizara Guadalupe Alonso en 2006 en Coatepec, Veracruz.

José Ezequiel Iturriaga Saucó nació en la Ciudad de México el 20 de abril de 1914. Estudió filosofía, derecho, sociología e historia. En su larga trayectoria profesional destacó en la literatura, la economía, la crítica de arte y la diplomacia.

El ejercicio de la administración pública fue para Iturriaga un foro donde encauzar sus inquietudes y poner en marcha proyectos dirigidos a la construcción de un mejor futuro para el país. Durante treinta años trabajó en Nacional Financiera y mantuvo una colaboración constante con el gobierno en diversos ámbitos desde los tiempos de Adolfo López Mateos. Fue precursor del proyecto de transparencia en la función pública y del rescate del Centro Histórico. En 1964 fue nombrado embajador en la URSS, experiencia que marcó su postura hacia el socialismo, “una práctica política jerarquizada, autoritaria, imperialista y opresora de las minorías que integraban la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas”. En el ámbito académico, fue profesor alterno junto con Fernando Benítez en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Sus estudios sociológicos, entre ellos La estructura social y cultural de México (1951), son referencias obligadas para la comprensión del mosaico social que ha definido a la nación.

José Iturriaga fue distinguido con la Medalla de Honor Belisario Domínguez en 2001. Su pasión por México y la

compleja relación que a lo largo de la historia hemos mantenido con nuestro vecino en la frontera norte han sido materia de diversos estudios y publicaciones, entre éstas, Ustedes y nosotros (2006), una historia comparativa del desarrollo paralelo de México y Estados Unidos. Fue justamente esta edición de la UNAM el pretexto para visitar a don Pepe y conversar con él.

Impecable, de traje oscuro y corbata, don José Iturriaga nos recibió en su casa, en Coatepec, Veracruz. Nos reunimos en su espléndida biblioteca, centro de la vida del filósofo. Allí nos refugiamos una mañana para escuchar los relatos de vida de este personaje memorioso y recorrer algunos pasajes de su libro.

Nací en el año 12, pero por una equivocación me lo cambiaron al 14. Como fui embajador varias veces, en un pasaporte se equivocaron, pero en ese entonces sentí que no tenía una función constructiva ajustar la fecha. La ajusto desde hace un tiempo, entonces navego entre los 93 y los 95 años, que no he cumplido sino hasta el 10 de abril. Es quizás un acto de coquetería, o el acto instintivo, zoológico, de sobrevivir los tiempos.

Fui el cuarto hijo de una familia de la clase media educada, cuyo jefe, mi padre, tenía muy buena ilustra-

ción. Era comerciante, y a pesar de ser comerciante, era un lector endemoniado. Hablaba totonaca y azteca, hablaba inglés y francés. Escribía un espléndido español, yo he visto sus cartas. Se enamoró de una chica que estaba a punto de ofrecer sus votos de castidad, pero se rió con mi padre desde el balcón del Convento del Carmen, que tenía vista hacia las calles de Argentina. Se rió dos, tres veces, y a la tercera, mi padre, también enamorado, fue y habló con la madre superiora. Le dijo: “Yo quiero que esta joven —iba a cumplir los dieciséis años— no haga sus votos, deseo casarme con ella. La propuesta a usted, madre superiora, es que le permita ser depositada en la casa de una familia muy respetable, respetada y prestigiada: la familia Ordozgoitia y Pizarro”. Eran muy ricos, pero la señora era protectora de conventos. Estuvo depositada dos meses para que lo pensara bien y el día de la Virgen de la Paz, en enero de 1907, casó mi padre con mi madre.

Mi padre había inaugurado el esfuerzo de sacar el comercio del Centro y llevarlo a otros rumbos, descentralizarlo. Su primer intento fue frente a la Alameda. Abrió una gran tienda que se llamaba La Africana, era mercería, no vendía semillas, no; mercería, sedería. Pero he aquí que al gobernador don Guillermo Landa y Escandón se le ocurre hacer una colonia nueva y abre la calle de Héroe, justamente donde estaba La Africana. Entonces, claro, mi padre tuvo que buscar otro sitio. La Colonia Juárez se llamó antes Colonia Americana. Se querían sacar la espina con Juárez y cuando se celebró el primer centenario de su nacimiento, le cambiaron de Colonia Americana a Colonia Juárez. Mi padre compró un local en Atenas 60, a espaldas del Paseo de la Reforma, entre Milán y Lisboa, y le puso The New Africa, porque la mayoría de la gente, su clientela, era extranjera, ingleses, americanos.

Los años que siguieron a la Revolución afectaron a la industria y el comercio del país. No obstante la buena posición de la familia Iturriaga, el proceso revolucionario impidió que el padre continuara con sus negocios de compra y venta de géneros. José Iturriaga se vio obligado desde muy joven a desempeñar distintos oficios, entre ellos, trabajó en la mina de Palau, Coahuila, en 1927.

Fui torculista y ahí perdí el dedo índice, eso fue el día de San Luis Rey, tenía yo trece años. Decidimos, mi hermano Manuel y yo, que me llevaba año y medio, irnos del otro lado, de braceros. En Eagle Pass no nos dejaron entrar. No teníamos el dinero que había que dar subrepticamente para pasar. Entonces una persona muy amistosa nos dijo: “No, busquen en Barroterán, en Cloete, Aguijita, Menor, Múzquiz, Rosita, hay muchos empleos, no, regresen ochenta kilómetros al sur”. Y así fue como estuve de minero. Fui romanero del tiro cuatro, que era un oficio muy peli-

groso, y abaniquero del tiro tres, con un ruido espantoso que provocó mi sordera. El horario era de seis de la tarde a seis de la mañana. Ganaba un peso diario y no pagaban los domingos. Tuve mi primera novia ahí, Victoria. Muy bonita, hija de un general que asesinaron en la Revolución. Su padre le dejó dinero y una casa de madera. Vivía sola, me llevaba cinco años. Siempre pensé que en el amor un joven debería tener a una mujer más grande.

Bueno, yo me llevaba con el fogonero de la mina, Aureliano Campos. Leíamos todos los días —en ratitos saltados de quince minutos— la prensa de México, las noticias, y seguíamos la Conferencia Panamericana por La Habana. A él le debo mi interés por América Latina, de ahí la tesis de que la geografía es el escenario de la historia. La verdad es que él me dijo: “Cada año viene el dueño de la mina, don Estanislao González Salas, un hombre bueno, inteligente. ¿Por qué no lo ve usted y le pide —era la época en que era muy difícil el tuteo, la gente se hablaba de usted— un empleo para que pueda estudiar y trabajar”. Me animé, lo vi. Me recibió su secretaria, una mujer con un rostro equino, Consuelito, amable, muy amable. Me dice: “Está hablando por teléfono, yo te digo cuando pases, chicuelo”. Ella me puso chicuelo, ya después también me decía chicuelo el ingeniero González Salas. “¿A ver qué es lo que quieres?”. Le dije: “Mire, saber. Quiero estudiar todo lo que sea posible. Ahora estoy leyendo prensa, estoy siguiendo la Conferencia Panamericana”. “¿Ah, sí?”. “Con Aureliano Campos, un minero admirable que se conoce que era muy de izquierda y lo corrieron de Estados Unidos”. “Bueno, si yo no quisiera ayudarte, te daría una carta de recomendación para que anduvieras haciendo ante-sala, espérate”. Y habló con su primo. Su primo era Lorenzo Hernández, Tesorero de la Nación. Le dijo: “Lorenzo, aquí hay un joven minero que quiere estudiar, quiere ascender a la buena”. “Mira, le respondió, me acaban de nombrar director de Nacional Financiera, que ha fundado el presidente Rodríguez para convertirla en un banco de fomento industrial, porque los bancos prestan muy amarradamente y con tasas de interés muy altas, entonces, déjame ver de qué presupuesto dispongo”. Luego me dijo: “No hay para ti, la única plaza que tienen es de mozo, cincuenta pesos mensuales, vas a ganar menos”.

A pesar de las dificultades, al joven Iturriaga se le abrieron nuevos horizontes. Logró estudiar filosofía y, más adelante, se interesaría por otras disciplinas. Iturriaga se ha distinguido por su pluralidad. Su inclinación humanista lo llevó a elegir diversos quehaceres. Cada uno de ellos lo convirtió en una especialidad.

Todo ha sido producto de un afán fáustico de conocer. Sentía que el deber máximo de un ser humano era



José Ezequiel Iturriaga Saucó

saber qué era él y quiénes eran los demás. Eso que Unamuno llamaba la *otrificación*. Ya Jesucristo en el sermón de la montaña hablaba de “amaos los unos a los otros”. Dicho laicamente, la solidaridad es ésa, verse como los demás, porque uno es la individualización de la sociedad o al revés, la sociedad se individualiza en uno y uno regresa a ese océano humano al que pertenece. El hombre que dice “No, a mí lo mío” vive falsificadamente. Él es el otro, él es los demás. El que niega eso está negando la esencialidad del otro. El hombre en su comunidad tiene que ser democrático para que sean cada vez más parecidos, no más iguales.

Ha sido usted un apasionado de la filosofía.

Fui discípulo directo de Antonio Caso. A él le debo mi pasión por la filosofía. Él ya no estudiaba las cosas nuevas, pero era un expositor notable. Si hubiéramos tenido grabadoras, las exposiciones de Antonio Caso serían un joya. Murió Caso y casi nadie lo recuerda. El que creó la vocación filosófica en México fue don Antonio Caso. Y su hermano, Alfonso, daba la clase de epistemología, que era la teoría del conocimiento, es una rama de la filosofía, pero dejó esa inclinación y la trocó por la antropología. Fue descubridor de la Tumba 7 de Monte Albán. Había descubierto muchas joyas precolombinas. Lo cierto es que a Caso, a don Alfonso Caso, le debo una amistad muy grande.

¿A qué otros filósofos admira?

A Ortega y Gasset. Leí mucho, me leí todo Ortega entre 1926 y 1927, o sea cuando tenía entre veinticuatro y veinticinco años. Los casi cuarenta libros están leídos y anotados. Entonces traté de probar que Ortega era un filósofo semínifero, que iba dejando su semen, su semilla, encubierta en un lenguaje admirable, razón por la cual muchos le regateaban el título de filósofo. Pensaban que para ser filósofo había que ser oscuro, enigmático, incomprensible y que eso le daba más profundidad. Era la vulgaridad del abarrotero que generalmente está extendida incluso a muchos profesionistas.

Usted ha sido maestro, político y diplomático. Un servidor público ejemplar. ¿Qué fue lo que le permitió avanzar sin caer en los vicios de la clase política?

Primero que no hay que confundir el verbo ser con el verbo tener. Hay gente que piensa que no es si no tiene. Todo lo que tengo es casual. Nunca estuve obcecado, corroído por la idea de acumular. La Financiera sabe que no cobré mis sobresueldos en treinta años de trabajo. No lo necesitaba. Siempre pensé que eso era inventar necesidades estúpidas, ganar más y más. Siempre lo pensé así, es decir, no era una virtud para mí, sino una constitución anímica la que me conducía a actuar de ese modo. Carlos Hank me mandó dos veces automóviles que le devolví muy amablemente.

Chema González Ursástegui quería ser gobernador de Sinaloa. Un día, el candidato López Mateos quiso que lo acompañara en su gira. Con permiso de la Financiera, acompañé al candidato. Él vio el apego y la amistad que López Mateos me tenía y se puso a decir en voz alta que yo sería el sucesor. Entonces me chiqueaba y me mandaba quesos de Mocolito que yo comía. Pero un día me mandó un automóvil y le dije: “Hermano, es una ofensa que te haces y me haces. Mándame un queso o la mitad de un queso de Mocolito”.

Así que a Hank le devolví dos coches, a Chema González, uno, y dos a la propia Financiera, aunque me tocaban por derecho legal. Claro, han muerto muchos, pero todavía me recordaban hace diez o quince años como un modelo de decencia.

Mantuvo usted una estrecha amistad con Narciso Bassols. En una conferencia en la Facultad de Economía de la UNAM, en 2002, se refirió a él como un hombre de excepción, de una moralidad ascética indiscutible.

Bassols era un hombre de izquierda que se encontraba en el centro de la vida política y cultural del país. Fue director de la Escuela de Jurisprudencia. Quizá fui yo su amigo más cercano, pero al paso del tiempo se fueron desprendiendo los lazos. Él murió repentinamente, montado en una bicicleta con su nieto en Chapultepec.

Bassols me enseñó una cosa: El Estado no tiene por qué ser saqueado por un funcionario advenedizo. Me enseñó que ni siquiera un automóvil, así era Bassols; prefería que el carro de Padilla Lermo lo llevara y “tara-rá”..., para así poder decir: yo no tengo ni automóvil. Es el arquetipo, para mí, de un funcionario decente.

Los vínculos que lo unen con la UNAM son estrechos y se han dado en diferentes épocas. Entre otras cosas, usted fue testigo presencial del momento en que el gobierno de Miguel Alemán autorizó el proyecto del arquitecto Carlos Lazo para la creación de Ciudad Universitaria.

Al tercer día de que Miguel Alemán Valdés tomara posesión, llegó el joven arquitecto Carlos Lazo y dijo: “Quiero ver al ministro de Gobernación”. En aquel entonces, Fernando Benítez, secretario privado de Héctor Pérez Mateos, titular de Gobernación, fue quien le allanó el camino. Fernando me dijo: “Ven conmigo”. Entramos a la oficina de Héctor y Fernando le dijo: “Héctor, afuera quiere verlo Carlos Lazo, el más notable de los jóvenes arquitectos de nuestro país. ¿Podría darle una entrevista? Hágale usted un campito, nada más”. Carlos Lazo entró y le dijo al secretario de Gobernación: “Sé que usted es el amigo más cercano del señor presidente. Quiero que él tenga el privilegio de ha-

ber creado la Ciudad Universitaria. En este rollo de papeles —llevaba muchos rollos— está el proyecto”. “No siga —respondió Héctor Pérez—, soy amigo del presidente y nos apreciamos, pero el mejor amigo del presidente es el coronel Serrano, a él le hace mucho caso. Vamos a hacer una cosa: ¿Usted está convencido de su proyecto? Porque yo también creo que hace falta una Ciudad Universitaria. Voy a invitar a cenar al coronel Serrano para que usted vaya como invitado, yo lo sugiero. Usted le presenta el proyecto a efecto de que él, que sí es el amigo más cercano, le meta entre ceja y ceja la promesa de hacerlo en el mandato de su gobierno”. Unos días después, poco después del día de Reyes, me llama Fernando Benítez y me dice: “Hermano, nos invita el coronel Serrano a cenar con Carlos Lazo para escucharlo”. Lazo era muy vibrante, estaba muy seguro de lo que quería y de su proyecto.

Después invitó a don Miguel Alemán. Ahí ya no nos invitó ni a Fernando ni a mí. Y Carlos Lazo expuso el proyecto. Así fue como nació la idea de construir una Ciudad Universitaria, bajo el padrinazgo del coronel Serrano. Lástima que mi amigo haya muerto hace diez años. En fin, así fue, es una fichita históricamente veraz y cierta.

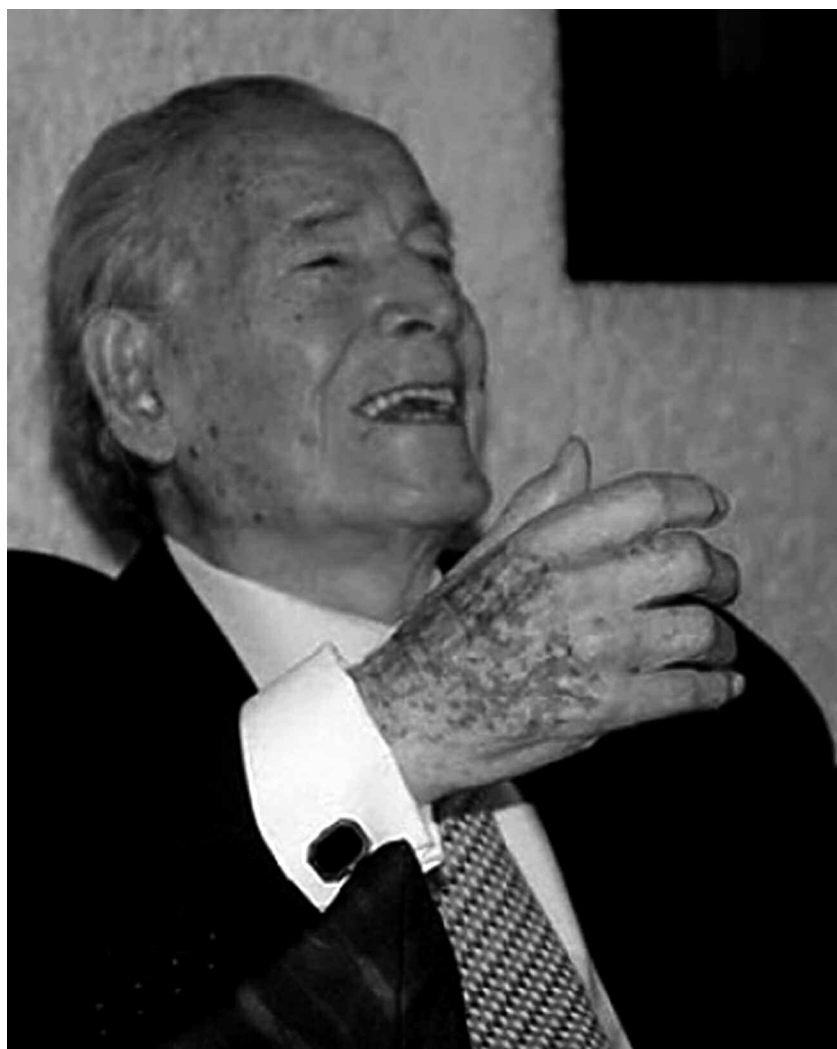
Don José, sigue usted siendo un hombre muy activo. A sus años, que fluctúan entre los noventa y tres y los noventa y cinco, publicó Ustedes y nosotros: Inventario de distintos entre México y Estados Unidos. Una mirada reveladora de los contrastes que hay entre uno y otro lados de la frontera.

La mayoría de los países fronterizos tienen conflictos, pero tienen más cuando son muy desiguales. El que lleva la prioridad en la desigualdad hacia arriba generalmente domina y regula el destino de su vecino.

En nuestro caso, nada desazona más a un mexicano que contemplar la diferencia que ostenta nuestra zona fronteriza con la de Norteamérica, verdadero símbolo de la penosa desigualdad geográfica entre ambos países.

En el libro apunta que México cuenta con un territorio tan extenso y quebrado, que no ha sido ciertamente el espacio apropiado para producir una sociedad tranquila y sosegada. Un marco geográfico orográficamente hostil para el transporte y las comunicaciones terrestres hace más difícil y costoso el desarrollo socioeconómico y cultural de los mexicanos. Mientras que en el país vecino hay grandes planicies cultivables y amplios ríos para la navegación.

Sí, unas praderas muy regaladas por la naturaleza, ríos muy navegables que ahorraron el transporte ferrocarrilero antes de que aparecieran los ferrocarriles. Ya en Mississippi y en Missouri transportaban carga. Nosotros teníamos nuestro Papaloapan, el Balsas, pero como era tan montañoso —es de los tres países más monta-



ñosos del mundo—, entonces los deslaves de las montañas fueron azolvando los ríos, y luego las casas que se hacían en torno a los cerros, también los *detritus* y despojos contrubuyeron al azolve, a que se secanan nuestros ríos, por eso es muy plausible la figura de Plutarco Elías Calles que, sabiendo que México era un país muy reseco, creó la Comisión Nacional de Irrigación, para crear presas. Porfirio Díaz al irse, cuando lo echamos, dejó trescientas mil hectáreas irrigadas, y cuando terminó el gobierno de Díaz Ordaz, México ya tenía casi dos millones de hectáreas irrigadas. Obra del hombre.

¿Y en cuanto al mestizaje?

Fundamentalmente, un mestizaje *a forciori*. No nació del amor sino del abuso, del hambre, un hambre sexual bestial, por eso la institución de la madre soltera parece haberse creado en México. España los mandaba, hacía como cinco semanas el barco, cinco semanas solteros, por eso incluso se registraban hasta aberraciones sexuales entre los marinos, como entre los presos, a veces. Entonces, con aberraciones o no, aquí llegaron y vieron sirenas maravillosas, nada más que *a forciori*.

Por otro lado, en las colonias inglesas hubo libertad de culto y de pensamiento. En la Nueva España tuvimos al Tribunal de la Santa Inquisición.

Las verdades las difundía sólo la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, regida por los lemas de “Un solo Dios verdadero” y la “Infalibilidad del Papa”. Los españoles llegaron a arrasar con la religión antigua, a catolizar, ver de qué forma se modificaban o se transfiguraban los viejos dioses precolombinos con el nuevo santoral.

Allá había el calvinismo, el anglicanismo, que es una protesta; el protestantismo es una expresión antiimperialista disfrazada de lucha religiosa, porque Inglaterra dominó tres siglos el mundo, pero antes el mundo había sido dominado por Portugal, en el siglo xv; el siglo xvi fue un siglo dominado por España. Luego Inglaterra los derrotó y los primeros dieciocho años de la Primera Guerra Mundial, Inglaterra fue el amo. Las trece colonias inglesas, incluso, recibieron las lecciones que ya había recibido la propia Inglaterra absolutista con nuestro Oliverio Cromwell, que fue el que introdujo el parlamentarismo para acabar con el poder absoluto, con el absolutismo monárquico. Estaba fresquecita la introducción cuando los Estados Unidos se fundan, de manera que, siempre que tuvieran educación y una renta anual, les tocó la herencia de la libertad, de elegir a sus gobernadores.

Hoy este gran imperio de la libertad se enfrenta a un gran dilema: conservar el medio ambiente o destruirlo con armas expansivas, capaces de extinguir al género humano. Una guerra capaz de destruir a nuestro planeta, dice usted en

el libro, donde mora el único notario que da fe de que existe el orbe: el ser humano.

Las cosas son más graves de lo que imaginamos. Si el mundo estuviera en paz, sí lo vería viable. Pero Estados Unidos está haciendo la guerra lejos y está haciendo detonantes que destruyen el medio ambiente. Han alterado incluso la órbita ovalada del satélite de la Tierra. La misma Tierra ha sufrido la disolución de la zona de los hielos del norte y ha aumentado el volumen de agua en los mares, lo cual ha provocado inundaciones y cambios atmosféricos. El hombre es producto del medio ambiente, es con lo que se alimenta. Si destruyen el medio ambiente, se muere el hombre.

Mi teoría es ésta: El universo no sabe que existe, el universo, esas flores o esos árboles, ahí están, un tigre, ahí está, pero nadie tiene conciencia del universo sino el ser humano. El ser humano es una especie de notario que da fe de la existencia del universo. La autognosis del universo es a través del hombre. Desaparece el hombre, desaparece el universo, porque el universo no sabe que existe. Es un problema filosófico de una profundidad endemoniada. Por eso el afán de mantener la paz es el afán de que sobreviva la especie. Entonces, el que se lanza a hacer los cambios profundos de la sociedad es el político; la política es la oportunidad de hacer el mayor bien posible y también el mayor mal posible.

¿A qué debemos aspirar en este milenio?

A que triunfe el buen sentido más allá de todo alegato de legitimidad, que no provoque más males. En una salsa histórica mundial como ésta, es el momento en que debe triunfar la sensatez, el instinto de conservación nacional. Hágase, y lo demás vendrá por añadidura. El país necesita de los mexicanos, de un destino que no lo lleve a la destrucción. El alegato, en este momento, es que este país se conserve, que conserve la ruta ascensional que ha perdido por la inexperiencia del timonel actual. Lo cierto es que si salvamos a México de una hecatombe, ganarán los hijos de nuestros hijos. El problema ya no es de amor propio, sino de amor al país en su peregrinar. Creo que puede prevalecer la patria. A mis achaques le agregó el achaque *patrial*, porque duele aquí, en el corazón.

El poder sirve para hacer menos desiguales a los que nacieron desiguales. Ésa es su única misión, sobre todo cuando en el año 2050 la población mundial será de nueve mil millones de habitantes, o sea, una tercera parte más de la actual, escribe José Iturriaga, quien falleció el pasado 19 de febrero. Las notas en la prensa reiteran el acto de coquetería de don Pepe, algunas ubican su deceso a los noventa y seis años, otras a los noventa y nueve. Lo cierto es que de este sobreviviente de los tiempos queda una obra que vale la pena revisar. [1]